

GUSTAV MEYRINK

La noche de Walburga



1914. La decadente Praga del imperio austrohúngaro se ve envuelta en una revuelta popular que parece la reinvención de antiguas sediciones husitas. A la apolillada nobleza que se mueve en torno a la condesa Zahradka, se contraponen la pasión de Polixena y su joven pretendiente Ottokar, arrastrados por el delirio de la noche de brujas que hará realidad sus presentimientos.

Capítulo primero

EL ACTOR ZRCADLO

Un perro se pone a ladrar.

Ladra una vez; luego otra.

Sigue un silencio profundo, como si el animal escuchase lo que ocurre en la noche.

—Me parece que Brock ha ladrado —dice el viejo barón Konstantin Elsenwanger—; quizás venga el consejero áulico.

—¡Por Dios!, que no es ésa razón para ladrar —repuso severamente la condesa Zahradka; una anciana de cabello ensortijado y blanco como la nieve, de nariz aguileña y perfilada, y de pobladas cejas sobre unos ojos negros que miraban extraviados; parecía enfadada por tan impertinente observación y mezcló un manojito de cartas de *whist* con mayor rapidez de lo que llevaba haciendo ya durante media hora.

—¿A qué se dedica, en realidad, durante todo el santo día? —preguntó el médico de su alteza imperial Thaddäus Flugbeil, quien, con su rostro inteligente, pulcramente afeitado y surcado de arrugas, cual espectro de algún viejo antepasado, se encontraba frente a la condesa, más bien acuclillado que sentado, en una butaca de orejas, con las piernas escuálidas e infinitamente largas recogidas casi hasta la barbilla.

El «Pingüino» lo llamaban los estudiantes en el Hradschin^[1], y siempre se reían de él a sus espaldas cuando, a las doce en punto del mediodía, cruzaba el patio del palacio y se montaba en una carroza cuyo techo tenía que ser abierto y cerrado de nuevo aparatosamente antes de que su alto cuerpo, de casi dos metros de estatura, encontrase cabida en el vehículo.

Igual de complicado era el proceso de apearse cuando el coche se detenía, a unos centenares de pasos de su punto de partida, ante la posada Zum Schnell, donde el médico de su alteza imperial solía tomar el almuerzo con movimientos precipitados, casi de ave.

—¿A quién te refieres —preguntó a su vez el barón de Elsenwanger—, a Brock o al señor consejero áulico?

—Al consejero áulico, por supuesto. ¿Qué hace durante todo el día?

—Bueno, el caso es que juega *en* niños en los jardines de Chotek.

—*En* los niños —corrigió el Pingüino.

—Jue-ga-con-los-ni-ños —interrumpió la condesa, en tono de reprimenda, recalcando cada palabra^[2]).

Los dos viejos señores callaron avergonzados.

De nuevo ladró el perro en el parque. Esta vez, con un grito ahogado, que casi era un aullido.

Inmediatamente después se abrió la oscura puerta de madera de caoba tallada, en la que había pintada una escena bucólica, y entró el consejero áulico Kaspar Edle von Schirnding. Llevaba, como tenía por costumbre cada vez que asistía a las partidas de *whist* en el palacio Elsenwanger, unos pantalones negros y estrechos; su cuerpo, ya algo entrado en carnes, iba envuelto en una levita *biedermeier* de color amarillo tostado y hecha de una tela maravillosamente suave.

Vivaz como una comadreja, y sin pronunciar ni una sola palabra, caminó hasta su butaca, colocó su sombrero de

copa de ala recta sobre la alfombra y besó ceremoniosamente la mano a la condesa en señal de saludo.

—¿Por qué seguiré ladrando ahora? —rezongó el Pingüino pensativamente.

—Esta vez se refiere a Brock —explicó la condesa Zahradka, dirigiéndole una mirada distraída al barón de Elsenwanger—. Nuestro consejero áulico —añadió, preocupada— se ve pálido como la nieve. ¡Que no se nos vaya a resfriar!

Se contuvo entonces un momento y berreó de repente, con tonalidades de aria, dirigiendo la voz hacia el oscuro cuarto contiguo, que respondió en eco, como tocado por una varita mágica:

—¡Božena, Božena, Booženaaaa, sirva, sirva inmediatamente la cena!

Los contertulios se dirigieron al comedor y tomaron asiento alrededor de la gran mesa.

Sólo el Pingüino se paseó rígida y orgullosamente, contemplando con admiración las paredes, como si viese por primera vez en los tapices los combates entre David y Goliat, mientras tocaba con manos de experto los maravillosos muebles tallados de la época de María Teresa.

Y de súbito, como si le saliese de muy adentro, dijo el consejero áulico Von Schirnding:

—¡Estuve allá abajo! ¡En el mundo! —y se dio ligeros toques en la frente con un pañuelo gigantesco bordado de rojo y amarillo.

Se rascó luego el cuello con los dedos, como si le picase, y añadió:

—Aprovechando esa oportunidad, he ido al peluquero para que me cortase el cabello.

Solía hacer cada tres meses este tipo de observaciones en torno a una presunta e indomable cabellera, movido por la absurda creencia de que nadie sabía de su costumbre de llevar peluca (unas veces, larga y de profusos rizos; otras, corta y lisa), y siempre tenía que oír en tales ocasiones una

explosión de murmullos llenos de asombro. Pero esta vez no sucedió lo mismo; sus oyentes quedaron demasiado desconcertados al enterarse de dónde había estado.

—¿Qué? ¿Allá abajo? ¿En el mundo? ¿En Praga? ¿Y usted? —exclamó, perplejo, el médico de su alteza imperial, Flugbeil—. ¿Usted?

Los otros dos se quedaron con la boca abierta.

—¡En el mundo! ¡Allá abajo! ¡En Praga! —repitió Flugbeil.

—Pero, pero ¡habrá tenido que atravesar el puente! —pudo decir, finalmente, con voz entrecortada, la condesa—. ¿Qué hubiese pasado entonces si se hubiese caído?

—¿Caído? ¡No, por favor! —aulló el barón Elsenwanger, palideciendo—. ¡Gracias a Dios que no ha ocurrido!

Se acercó tembloroso al hogar, donde aún había un haz de leña del invierno pasado, lo cogió en sus manos, escupió en él tres veces consecutivas y lo arrojó de nuevo a la chimenea, exclamando:

—¡Gracias a Dios!

Božena, la criada, con delantal andrajoso, pañuelo a la cabeza y descalza, tal como era costumbre en las casas señoriales de la vieja Praga, entró con una pesada fuente de plata maciza.

—¡Ajá! ¡Sopa con longaniza! —rezongó la condesa, dejando caer con satisfacción sus impertinentes.

Había tomado por embutidos los dedos de la chica, dedos estos calzados en guantes blancos de cabritilla, demasiado holgados y demasiado introducidos en el caldo.

—He ido... en el tranvía —balbuceó, oprimido, el señor consejero áulico, cuyos pensamientos estaban todavía envueltos en la excitación de la aventura vivida.

Los demás intercambiaron miradas. Comenzaban a dudar de sus palabras. Tan sólo el médico de su alteza imperial mantenía el rostro rígido como petrificado.

—¡Hace treinta años que estuve por última vez allá abajo, en Praga! —gimió el barón Elsenwanger, mientras se

anudaba la servilleta y cabeceaba pensativamente. Las dos puntas de la servilleta se elevaban por detrás de sus orejas, otorgándole el aspecto de una gran liebre blanca y temerosa—. Fue entonces —prosiguió—, cuando se celebraron los santos funerales de mi hermano en la iglesia de Tein.

—Pues yo no he estado ni una sola vez en Praga en toda mi vida —explicó, estremeciéndose, la condesa Zahradka—. ¡Sólo me faltaba eso! ¿No ejecutaron acaso a mis antepasados en los recintos de la vieja ciudad?

—Pero, bueno, mi agraciada señora, eso fue entonces, en la Guerra de los Treinta Años —dijo el Pingüino, tratando de calmarla—. Hace ya mucho tiempo de esas cosas.

—¡Ay, no!, a mí me parece que fue ayer. Y, además, ¡esos prusianos malditos!

La condesa se quedó ensimismada, contemplando su plato de sopa, extrañada de que no hubiese en él ninguna longaniza; inspeccionó entonces la mesa a través de los impertinentes, para ver si los caballeros le habían quitado su embutido.

Se sumió durante un rato en profunda meditación y murmuró para sí:

—Sangre, sangre. ¡Cómo brota cuando se le ha cortado la cabeza a un hombre...! ¿Conque no ha tenido miedo, señor consejero áulico? —prosiguió, dirigiéndose a Edle von Schirnding—. ¿Qué hubiese ocurrido si hubiese caído allá abajo, en Praga, en manos de los prusianos?

—¿Los prusianos? ¡Pero si somos ahora uña y carne con los prusianos!

—¿Ah, sí? ¿Conque la guerra ha terminado? En fin, comoquiera que sea, ese Windischgrätz^[3]) les hizo saber lo que es bueno en más de una ocasión.

—Que no, señora, que estamos en los prusianos —dijo el Pingüino, inmiscuyéndose en la conversación—; bueno, quiero decir, *con* los prusianos. Son nuestros aliados desde hace tres años contra los rusos...

—¡Aliados! —remachó el barón Elsenwanger, interrumpiendo—. Y luchamos hombro a hombro con ellos —prosiguió—. Así es que... —pero se interrumpió cortésmente cuando observó la sonrisa irónica e incrédula de la condesa.

La conversación llegó a un punto muerto y durante una media hora sólo se escuchó el tintineo de cuchillos y tenedores y el rumor apenas perceptible que hacía Božena cuando caminaba con sus pies descalzos alrededor de la mesa sirviendo nuevos platos.

—¡Señores míos! —exclamó el barón Elsenwanger, limpiándose la boca—. ¿Vamos a jugar al *whist*...!

Un aullido largo y ahogado resonó en la noche veraniega desde el jardín, interrumpiendo las palabras del barón, quien exclamó:

—¡Ave María Purísima, es un augurio! ¡La muerte ronda por la casa!

—¡Brock! ¡Pedazo de bestia! ¡Maldita sea! ¡Al suelo! —se le oyó maldecir a media voz a un criado abajo en el parque, mientras el Pingüino descorría los pesados cortinones de satén y abría las puertas de cristal que daban a la terraza.

La luna inundó el recinto con su luz, y una corriente de aire fresco y con aroma de acacias hizo que las llamas de las velas flameasen y se hinchasen en la araña de cristal.

Detrás del alto muro del parque, al fondo, subía hasta las estrellas un mar de niebla rojiza, proveniente de Praga, que yacía amodorrada allá abajo, al otro lado del Moldava; y por la cornisa del muro, de apenas un palmo de anchura, caminaba lentamente un hombre, erguido y con los brazos extendidos, palpando como un ciego. Ora parecía un espectro, ora se veía medio cubierto por las sombras que, cual siluetas, proyectaban las ramas de los árboles sobre él, de tal suerte que parecía un coágulo resplandeciente de rayos lunares, bañado a veces en luz, como si se cerniera en el aire, por encima de la oscuridad.

El médico de su alteza imperial, Flugbeil, no podía dar crédito a sus ojos. Durante un segundo creyó soñar; luego, los fieros ladridos del perro le hicieron volver a la realidad. Escuchó un chillido penetrante, y vio cómo la figura se tambaleaba en lo alto de la cornisa y desaparecía como si hubiese sido barrida por una bocanada de viento.

El crujido de las ramas al doblarse y romperse indicaba que el hombre había caído en el lado del jardín.

—¡Asesinos, ladrones! ¡Hay que llamar a la guardia! — exclamó, poniendo el grito en el cielo, Edle von Schirnding, que, al oír el chillido, se había levantado precipitadamente junto con la condesa y se había dirigido rápidamente hacia la puerta.

Konstantin Elsenwanger, entre ayes y gemidos, se había arrodillado, ocultando el rostro en el mullido asiento de su butaca, y, sosteniendo aún una pata de pollo asado en la mano, rezaba el Padrenuestro.

El médico de su majestad imperial, quien, cual gigantesca ave nocturna con muñones de alas desplumadas, había saltado la verja de la terraza y gesticulaba en la oscuridad, atrajo con sus órdenes, dictadas en voz alta, a los criados. Éstos salieron corriendo de la caseta del portero y llegaron hasta el parque, donde, provistos de antorchas y entre un caos de gritos salvajes, registraron el oscuro bosque. El perro parecía haber acorralado al intruso, pues emitía ladridos fuertes y persistentes a intervalos regulares.

—Pero ¿qué ocurre? ¿Es que tenemos finalmente a los cosacos prusianos? —exclamó enfadada la condesa, que se asomaba a una ventana y no había dado desde un principio la más mínima muestra de excitación o de miedo.

—¡Santísima madre de Dios, se ha desnucado! —se oyó gritar angustiosamente a la criada Božena.

Luego, las gentes condujeron el cuerpo exánime de un hombre desde el pie del muro hasta un lugar cubierto de césped e iluminado por la clara luz del comedor.

—¡Traedlo aquí! ¡Rápido! ¡Antes de que se desangre! —ordenó la condesa, fría y serenamente, haciendo caso omiso del lloriqueo del señor de la casa, quien protestaba indignado y exigía que el muerto fuese arrojado por el muro del abismo, antes de que le diese tiempo a revivir.

—¡Traedlo al menos aquí dentro, a la pinacoteca! —suplicó Elsenwanger, empujando a la anciana y al Pingüino, quien se había apoderado de uno de los candelabros encendidos; y haciéndolos entrar en la sala de los antepasados, cerró la puerta detrás de ellos.

Aparte un par de sillas de madera tallada con respaldos dorados y una mesa, no había ningún otro tipo de muebles en aquella sala alargada que parecía un pasillo. El sofocante olor a moho y la capa de polvo acumulada sobre el suelo de piedra delataban que nunca había sido aireada y que nadie había penetrado en ese recinto desde hacía mucho tiempo.

Los cuadros, con figuras de tamaño natural, estaban sin enmarcar, apoyados simplemente contra el revestimiento de las paredes. Eran retratos de hombres en cuya vestimenta predominaba el cuero y que sostenían altivamente en sus manos rollos de pergamino; entre ellos había mujeres, con altos cuellos de encaje y mangas holgadas; un caballero de blanca capa y con la cruz de Malta en el pecho; una joven con una cabellera de un rubio ceniza, falda ahuecada por un miriñaque, lunarcillos en las mejillas y en el mentón, sonrisa cruel y dulcemente sensual en sus rasgos depravados, manos preciosas y una fina y perfilada nariz de graciosas ventanillas, cejas arqueadas y ojos de un azul verdoso; una monja en hábito barnabita; un paje; un cardenal de dedos escuálidos y ascéticos, párpados de un gris plumizo y mirada ensimismada y muerta. Así estaban en sus nichos, de tal suerte que parecía que hubiesen llegado a la sala a través de sus oscuros pasadizos, tras haber sido despertados de su sueño secular por los destellos flameantes de las velas y el desasosiego de la casa.

A veces parecían querer inclinarse misteriosamente, con toda precaución, como si pretendiesen impedir que el más mínimo roce de sus vestidos delatase su presencia; parecía que moviesen los labios, para cerrarlos de nuevo silenciosamente; daban la impresión de encrespar los dedos y arquear las cejas, para petrificarse inmediatamente, como si contuviesen la respiración y detuviesen el latir de sus corazones cuando la mirada de los dos seres vivientes se posaba en ellos.

—No podrá salvarle la vida, Flugbeil —afirmó la condesa, y se quedó mirando fijamente hacia la puerta en actitud expectante—. Ha sucedido como entonces, ¿sabe usted? Tiene el puñal clavado en el corazón... Sé que usted volverá a decir: «Hemos llegado desgraciadamente al límite del saber humano».

El médico de su alteza imperial no entendía en esos momentos lo que pretendía decir la anciana. De repente comprendió. La mujer confundía el presente con el pasado; era algo que le sucedía a veces.

De súbito revivió en él el mismo recuerdo que perturbaba la memoria de la anciana. Hacía ya muchos pero muchos años que el hijo de la condesa había sido apuñalado en su palacio del Hradschin; sangrando fue conducido a una sala. Antes se había escuchado un grito en el jardín y el ladrido de un perro; todo exactamente igual que aquel mismo día. También entonces colgaban los antepasados de las paredes y fue colocado un candelabro de plata sobre una mesa. El médico de su alteza imperial se sintió tan ofuscado durante un instante, que hasta llegó a perder la noción de dónde se encontraba. El recuerdo le mantuvo tan ensimismado que ni siquiera le pareció real cuando se abrió la puerta y trajeron al herido, al que depositaron cuidadosamente en el suelo. Trató maquinalmente de encontrar palabras de consuelo para la condesa, tal como hiciera entonces, hasta que se dio cuenta de repente de que aquel que ahí yacía no era su hijo; advirtió entonces que ya no había,

como antaño, una figura juvenil de pie junto a la mesa, sino una anciana de ensortijados cabellos blancos.

Con la velocidad de un rayo, con tal rapidez que ni siquiera pudo darse perfecta cuenta de ello, le asaltó un pensamiento que dejó en él el sentimiento apático y letárgico de que el *tiempo* no es más que una comedia diabólica, representada ante el cerebro humano por un enemigo invisible y todopoderoso.

Ello tan sólo le produjo miedo. Había entendido de súbito, gracias al sentimiento que lo embrujó durante unos instantes, lo que nunca había estado en condiciones de comprender correctamente, a saber: los extraños y extravagantes estados de ánimo de la condesa, quien tomaba por presentes hasta los acontecimientos históricos de la época de sus antepasados y los solía concatenar firmemente con los sucesos de su vida cotidiana.

Sintió como si una compulsión irresistible le obligase a decir:

—¡Traed agua! ¡Vendas!

Algo le impelía, como entonces, a agacharse, a echar mano del flebótomo que, por costumbre tan inveterada como superflua, llevaba en el bolsillo interior de su casaca.

Tan sólo recobró plenamente su aplomo cuando sintió en sus dedos el hálito del hombre desmayado y posó su vista por casualidad en los muslos blancos y desnudos de Božena, quien, con la naturalidad propia de las campesinas bohemias, se había arrodillado con la falda arremangada para poder ver mejor. La imagen del pasado se apartó del presente como un velo evaporado ante los contrastes casi aterradores entre la floreciente vida juvenil, la rigidez cadavérica del desmayado, las figuras espectrales de los retratos de los antepasados y los rasgos seniles y rugosos de la condesa. El ayuda de cámara colocó en el suelo el candelabro con las velas encendidas. Un haz de luz iluminó el rostro característico de los heridos. Debido al desmayo, los labios, de un color ceniciento, contrastaban de manera antinatural

con las mejillas, teñidas de un rojo escarlata. Pero aquella cara parecía más la de una figura de cera en una barraca de máscaras que la de un ser humano.

—¡Santísimo Wenceslao, es Zrcadlo! —exclamó la criada, tapándose recatadamente las rodillas con la falda, movida por la sensación de que el paje del retrato le había dirigido una mirada impúdica desde su nicho de la pared cuando la luz de las velas tembló repentinamente.

—¿Quién ha dicho que es? —preguntó la condesa, asombrada.

—¡Zrcadlo, el «Espejo»! —explicó el ayuda de cámara, traduciendo el nombre de Zrcadlo del checo al alemán—; así lo llamamos aquí arriba en el Hradschin, pero no sabemos si ése es verdaderamente su nombre. Está de huésped en casa de la... —añadió, deteniéndose avergonzado—, de la..., bueno, en casa de la Liesel de Bohemia.

—¿En casa de quién?

La criada se tapó la boca con el brazo para ocultar la risa, y el resto de la servidumbre hizo esfuerzos para no prorumpir en carcajadas. La condesa dio patadas en el suelo.

—¿En casa de quién?, ¡quiero saberlo!

—La Liesel de Bohemia fue en tiempos pasados una famosa... hetera —explicó el médico de su alteza imperial, inclinándose sobre el desdichado, que ya daba las primeras señales de vida y hacía rechinar los dientes—. No tenía noticias de que aún viviera e hiciese de las suyas en el Hradschin; ha de ser ya más vieja que Matusalén.

—Pues vive en... en la calleja del Muerto, allí donde se juntan todas las chicas de mal vivir —informó Božena, solícita.

—¡Pues ve a buscar a esa vieja! —ordenó la condesa.

La criada se apresuró a abandonar obedientemente la sala.

El hombre se había recuperado mientras tanto del desmayo, miró fijamente durante un rato la luz de las velas y se

levantó lentamente sin hacer caso de cuanto sucedía a su alrededor.

—¿Creéis que pretendía robar? —preguntó en voz baja la condesa a los criados.

El ayuda de cámara negó con la cabeza y se llevó un dedo significativamente a la frente, para indicar que lo tenía por loco.

—Se trata, en mi opinión, de un caso de sonambulismo —explicó el Pingüino—. Durante el plenilunio, ese tipo de enfermos parecen estar poseídos por un inexplicable impulso de caminar y realizan, sin ser conscientes de ello, toda suerte de acciones extrañas: trepan a los árboles, escalan casas y murallas y se deslizan con frecuencia por los sitios más estrechos a unas alturas de vértigo, por los canalones de los techos, por ejemplo; y todo esto, con una seguridad de la que carecerían seguramente si estuviesen despiertos... ¡Hola! ¿Cómo se encuentra, señor Zrcadlo —añadió, dirigiéndose al paciente—, cree usted tener fuerzas suficientes como para poder ir a casa?

El sonámbulo no respondió, pero parecía haber oído la pregunta, aunque no haberla entendido, pues movió lentamente la cabeza hacia el médico de su majestad imperial y le miró al rostro con ojos vacíos e inmóviles.

El Pingüino retrocedió involuntariamente y se restregó un par de veces reflexivamente la frente como si tratase de rebuscar algo en sus pensamientos.

—¿Zrcadlo? No, el nombre me es desconocido... Pero ¡conozco a ese hombre, sin embargo...! ¿Dónde debo haberlo visto?

El intruso era alto, delgado y de piel morena; por el rostro le caían en desorden unos cabellos largos, secos y canosos. La cara estrecha y lampiña, nariz aguileña y perfilada, la frente abultada, las sienes hundidas y, por añadidura, el colorete de las mejillas y el raído abrigo de terciopelo negro; todo hacía pensar, debido a la crudeza de los contrastes,

que había sido una pesadilla y no la vida misma la que había llevado a esa figura al recinto.

«Parece un faraón del antiguo Egipto que haya elegido la máscara de un comediante para ocultar que su momia se encuentra detrás del disfraz —tal fue el pensamiento horripilante que le pasó por la cabeza al médico de su alteza imperial—. Es increíble que no logre recordar dónde he visto esos rasgos tan llamativos».

—Ese hombre está muerto —rezongó la condesa, en parte para sí misma, en parte dirigiéndose al Pingüino; y se dedicó a estudiar, imperturbable e impasible, a través de sus impertinentes, el rostro del hombre que se encontraba en pie ante ella, acercándose a él como si se tratase de una estatua—. Esas pupilas arrugadas sólo pueden ser las de un cadáver. Me parece que ni siquiera se puede mover, Flu-gbeil... ¡No os ocultéis, Konstantin, como una vieja! —gritó, dirigiéndose a la puerta del comedor, donde por la rendija que se iba abriendo lentamente aparecieron los rostros pálidos y descompuestos del consejero áulico Schirnding y del barón Elsenwanger—. Entrad aquí, vosotros dos, ya veis que no muerdo.

El nombre de Konstantin conmovió al forastero. Tembló violentamente durante un rato de pies a cabeza y la expresión de su rostro cambió radicalmente, como la de un hombre que hiciera muecas ante un espejo teniendo el dominio absoluto de los músculos de su rostro. Y como si los huesos de la nariz, de los pómulos y de la barbilla se hubiesen vuelto de repente blandos y maleables debajo de la piel, así fue cambiando de expresión, pasando por una serie de fases extraordinarias, desde la máscara altiva y rígida de un faraón egipcio hasta llegar a un parecido indiscutible con el tipo familiar de los Elsenwanger.

Apenas pasado un minuto, una cierta fisonomía permanente se había impuesto sobre su aspecto anterior, determinando de tal manera los rasgos de su rostro, que los presentes creyeron durante un momento, para gran asombro